

Mientras concluían los preparativos, que Morey presenciaba sin alterarse, se apareció junto á un poste un hombre vestido con un leviton gris y un gorro, y que fumando su pipa parecia espectador indiferente de todo lo que allí estaba sucediendo. De cuando en cuando dirigia algunas palabras sueltas á los que tenia junto á sí sobre la ceremonia lúgubre que se estaba celebrando... Era Pepin.

El ejecutor hizo una señal, y Pepin se colocó al lado de Morey, se quitó el leviton y la corbata, y se lo dió á un guardia, diciéndole: entregue usted al director estas prendas. Continuó fumando mientras le ataron las manos, y sin manifestar la mas mínima señal que indicase alteracion alguna. Conservaba firme la vista y hablaba poco, pero cuando le fueron á cortar el cuello de la camisa, se volvió á Morey y le dijo con calma: amigo mio, con que segun parece vamos á hacer juntos el viaje del otro mundo. Morey le dijo: Un poco mas ó menos de vida, es cosa poco importante. Pepin calló un momento, y dirigiéndose en seguida á Fieschi, le dijo sonriéndose: ¿Qué tal, estás contento ya? Ya tienes enfrente á tu amigo... Se recobró un instante, y añadió: á tu víctima. Fieschi quiso responderle, pero le detuvo el abate Grivel. ¡Bah! ¡bah! dijo con indiferencia. Al mismo tiempo descubrió á M. Olivier Dufresne, inspector general de cárceles, que tenia en la mano la caja del tabaco, y le pidió un polvo. El honorable funcionario se lo dió con afabilidad. Fieschi lo sorbió inmediatamente.

Los preparativos se concluyeron á las siete y cuarto, y se levantaron para marchar los sentenciados. Señores, (dijo Pepin que aun no habia soltado la pipa), el crimen de Fieschi no se estiende á nadie mas... Aquí nadie es culpable mas que él.

He cumplido con mi deber, replicó Fieschi, lo único que siento es no vivir cuarenta dias mas, para poder escribir algunas cosas.

Salieron de la sala los sentenciados, y despues de atravesar varios corredores, llegaron al jardin de *Petit-Luxembourg*, donde los aguardaban tres coches, que estaban destinados para conducirles al suplicio: Fieschi marchaba delante sin dejar de hablar á los que tenia junto á sí. En seguida, Pepin, que no dejó su pipa, y Morey el último, sostenido por dos individuos.—No me abandoneis, porque me caeria al momento.—¡Animo! le respondieron.—¡Oh! replicó con calma, lo que falta no es valor, sino piernas.

Cada uno de los acusados se colocó en un carruaje. Les acompañaban sus confesores y dos gendarmes. Las puertecillas de los carruages iban abiertas.

El cortejo fúnebre comenzó á andar á las siete y media, dirigiéndose al lugar del suplicio escoltado por un peloton de gendarmes y guardias municipales por el Luxemburgo, Observatorio y boulevares.

La autoridad habia hecho colocar de trecho en trecho una fuerza imponente de caballería é infantería. Habia sobre las armas 6,200 hombres, y ademas una multitud de gentes de policia que impedían á los curiosos atravesar las calles por donde debían pasar los reos. Los árboles de los jardines vecinos estaban llenos de gente y lo mismo las paredes que cer-

can los boulevares. Sin ponderar, podían calcularse en 25,000 los espectadores que asistian al suplicio, y si la autoridad no hubiese tomado la precaucion de situar en las bocascalles gruesos destacamentos de caballería é infantería, que estorbaban el paso, es indudable que hubiera ascendido á mas este número.

Vanos fueron los esfuerzos de todo este gentío por ver á los reos: el único que de cuando en cuando se asomó á la puertecilla fue Morey. Sacaba la cabeza, miraba á la gente con indiferencia y volvía á entrarla. Mientras tanto Fieschi conversaba con su confesor y todavia se quejaba de la ausencia de Lavocat. ¡Esto no ha sido obrar bien! decia; ¡no haberme venido á ver! El abate Grivel, deseando consolarle, le dijo: ponéos en su lugar; ¿querríais ver á un amigo vuestro si se hallase en vuestra situacion? En efecto, replicó Fieschi, dando algunas señales de respeto, teneis razon, y desde ahora me conformo.

El abate Gallard insinuó á Pepin que era menester que dejase de fumar y que se dispusiera á prestarle mas atencion. Asi lo hizo en el momento.

Los comisarios de policia, al acercarse los reos, permitieron que se aproximaran al círculo que se formó en el lugar del suplicio, aquellos de los circunstantes que estaban mas inmediatos, y en el instante se vieron agolpadas sin distincion de clases ni gerarquías, mas de trece mil personas. Los generales Darniule y Becgeaud, se presentaron á caballo y vestidos de grande uniforme.

En las oficinas de los *Omnibus*, no lejos de allí, estaban M. Zangiacomi, Canchi y Chauviniere, juez el uno, y escribanos del tribunal de los Pares los otros. Se decia que se habian colocado allí con el intento de poder autorizar las revelaciones de Pepin en el caso que quisiese hacerlas.

No lejos de allí, en una taberna propia del señor Etierme, comerciante en vinos, se veia asomado á una ventana del piso principal al duque de Brunswick, que dirigia constantemente hácia el cadalso un precioso antejo de marfil ricamente adornado. A su lado estaban un personaje inglés, que parecia sugeto de distincion, y un intérprete. Cada uno de estos señores habia pagado 60 chelines por el placer de ver rodar tres cabezas.

No tardaron en aparecer los carruages que conducian á los reos y detrás los del ejecutor y sus asistentes: todos tres bajaron de ellos con la misma tranquilidad y la misma actitud que habian conservado mientras se disponian los preparativos.

El comisario de policia, Vassal, que habia sido comisionado *ad hoc*, se acercó á Pepin, y su confesor, y le dijo: Señor Pepin, estais en los últimos instantes. Ya no os quedan ningunos intereses con que contemporizar; vuestro deber es decir la verdad. El confesor ha debido empeñaros al cumplimiento de esta sagrada obligacion. Si teneis algo que manifestar, estamos prontos á escucharle. Pepin le contestó con una seguridad que no desmintió hasta el suplicio: nada tengo que añadir á lo dicho. He manifestado cuanto sabia. Muero inocente, víctima de infames maquinaciones. Os recomiendo mi mujer y